

EL TIZNE

Federico Vega 3er. año de Arte dramático Fac. de Filosofía

Una de tantas noches —después del trabajo— estando a punto de llegar a mi casa empecé a pensar retrospectivamente. Llegaron a mi mente una variedad vastísima de imágenes. Todas ellas me recordaban pasajes inciertos, oscuros, vagos de mi vida. Una sensación de insoportable sofocamiento recorría todo mi cuerpo; sentía que las piernas me flaqueaban y que de un momento a otro me desmayaría. De pronto me sorprendí al encontrarme reflejado en la puerta de cristal de un edificio. Sin duda —me dije— ésta debe ser mi casa. Saqué las llaves y abrí no sin poca dificultad. Caminé hacia la escalera y me apoyé en el barandal para poder subir. Poco antes de llegar a mi departamento me vi obligado a hacer una pausa porque el esfuerzo realizado hasta entonces en tales circunstancias me produjo —además del agotamiento— una terrible necesidad de vomitar. En ese momento sentí una rabia impotente y desesperada; era abominable y asqueroso encontrarme a mí mismo ofreciéndome tal espectáculo. Un momento después, ansioso por llegar a recostarme en mi cama, me levanté y avancé los pocos escalones que me faltaban. Penetré rápidamente a mi departamento y encendí maquinalmente la luz, pude ver una vez más el pequeño letrero que mi padre había colocado hacía años junto a la ventana del comedor. El texto decía: “AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS”. (Debo decir que mi padre, antes de morir, pidió a mi madre que el mencionado letrerito fuera cuidado y limpiado todos los días.)

Poco después llegué a mi cuarto. Escuché la voz de mi madre preguntando quién había llegado. Contesté fríamente a fin de impedir que ella viniese a platicar conmigo como era su costumbre todas las noches antes de prepararme la cena. Le dije además que había comido algo en la calle al salir de la oficina y que no tenía hambre.

Ya recostado, con la luz apagada, sintiéndome un poco repuesto traté de ordenar mis ideas que se confundían unas con otras persistentemente. Todo se reducía en mi mente a la visión de un almanaque incendiado; intentaba furiosamente recoger sus cenizas para tratar —cosa imposible— de integrar nuevamente hoja por hoja todo aquello. Desde luego resulta obvio apuntar que tal aventura requería de una meticulosidad sobrehumana, la cual, aun en circunstancias normales no habría podido lograr. La atención que hubiera sido necesaria para llevar a buen término el intento reconstructivo llevaría además, meses, años, tal vez . . . Logré, eso sí, tiznarme las manos y —en mi desesperación— mancharme la cara y el cuello también. Me levanté para verme frente al espejo del baño. Prendí la luz y entonces noté que el color negro me caía bien. Al verme detenidamente en el espejo se me ocurrió pensar en que tal vez el tizne que cubría mi rostro era la única piel que había tenido siempre. La fiebre invadía todo mi cuerpo. Brotaban ante mí, por momentos, manchas que sugerían figuras semihumanas, que poco a poco se fueron precisando hasta cobrar una nitidez terrorífica. El color verde predominaba en toda la superficie del espejo. Rojos y azules fulgurantes, amarillos bri-

llantísimos, morados y lilas de fuego daban al cuadro un atrayente encanto. Me pareció ver a mis padres dentro de tal atmósfera bailando sonos monótonos y obscenos haciéndome señas sarcásticas de incitación. Mi hermano menor hacía acto de presencia burlándose de mí y señalándome con una mueca crítica de desprecio. Aquello me horrorizaba de tal modo que no podía moverme. Empecé a escuchar las voces de los siniestros personajes que surgían como duendes frente a mí. Con las manos colocadas a ambos extremos del lavabo, me detenía lo más fuertemente que me era posible. Hacía de tal modo presión con ellas — que pronto se me acalambraron. Poco después quedé completamente paralizado. Las visiones no desaparecían: se sucedían unas a otras. Unas reían a carcajadas burlándose de mí; otras lloraban y rezaban por la paz de mi alma. Sus caras y sus cuerpos se intercambiaban de tal modo que a veces los seres masculinos lucían bustos de mujer y largos vestidos sin perder su viril fisonomía; y los seres femeninos mostraban cuerpos toscos y viriles vestidos con ropas de hombre. Entre todas las voces pude distinguir la de mi padre por su matiz vigoroso y dominante; sin embargo no podía ver su rostro ni comprender claramente lo que decía; sólo algunos fragmentos que sin poseer un significado preciso llegaban hasta mis oídos. Una de las fotografías que cuando tenía yo seis años de edad me había tomado mi madre apareció —a diferencia de todas las demás figuras— en blanco y negro en uno de los extremos del espejo. Esta última visión duró apenas unos segundos para dar paso a un paisaje orgiástico en el que veía —horrorizado— cómo mi hermana acariciaba lujuriosamente a mi padre, mi madre a mi hermano, para después intercambiarse unos con otros haciendo todas las posibles combinaciones de tan horrible cuadro. Hice un supremo esfuerzo por moverme y noté que podía hacerlo; a la vez empezaba a recobrarme de tan curioso estado pues las imágenes que había visto hasta entonces empezaron a desvanecerse poco a poco junto con las manchas negras de mi cara y cuello.

Todo está perdido —me dije— y en ese momento recordé que detrás de la puerta del botiquín de las medicinas que se usaban en mi casa desde que yo era pequeño, había una navaja larga atrozmente afilada que mi abuelo utilizaba para rasurarse —según me contó mi madre— antes de que mi padre naciera. Saqué entonces, con un gran miedo, temblándome todo el cuerpo el filoso instrumento. Me detuve con él entre mis manos y lo desdoblé poco a poco. Cerré los ojos y llevé la navaja a mi brazo izquierdo. Un correr abundante de sangre empezó a fluir. Ya estaba hecho. Se iniciaba mi tajante suicidio producto de innumerables intentos anteriores frustrados: el alcohol, el homosexualismo, la literatura, la fornicación, etcétera. La sangre brotaba, yo moría poco a poco. Experimenté, por primera vez, la sensación de un definitivo abandono. La herida empezó a dolerme. Traté entonces de cubrirmela con una toalla que en pocos segundos quedó empapada e inutilizada. Entonces grité. No recuerdo nada más. Poco después desperté en un hospital en el que permanecí tres días. Los médicos me salvaron la vida y me reintegré a mi vida de siempre.

Esta noche, al salir del trabajo empecé a pensar retrospectivamente. En este momento estoy frente al espejo; tengo la cara y el cuello negros de un tizne que se desvanece poco a poco. Tengo fiebre. Recuerdo entonces que detrás de la puerta del botiquín de las medicinas . . .